

El almuerzo del forense

Colin Cotterill



AMOK
EDICIONES

El almuerzo del forense
Serie Doctor Siri Paiboun

Título original: *The Coroner's Lunch*

© 2008, Colin Cotterill

publicado de acuerdo con el autor por BAROR INTERNATIONAL, INC.,
Armonk, New York, U.S.A.

ALL RIGHTS RESERVED

AMOK Ediciones

C/Salustiano Olózaga 18, 4ºD

28001 — Madrid — España

comunicacion@amokediciones.es

Alicia Escamilla, por la edición de mesa

Natalia Martínez, por la maquetación

© 2022, Francisco González López, por la traducción

Primera edición en España, septiembre de 2022

Dirección creativa y de arte de la colección:

Madre, Espacio de Contenidos Creativos.

www.madrenohaymasqueuna.com

Diseño gráfico de este título:

Milos Kalvin para TheWhiteRoomLab

ISBN: 978-84-19211-04-0

Depósito legal: M-14426-2022

Impreso por Leitzaran Grafikak

Impreso en España — Printed in Spain

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

República Democrática Popular Lao, octubre de 1976

Reparto de responsabilidades *pre y post mortem*

La esposa del camarada Kham

Réquiem por el barquero

El mayor de los Tran

El cuentagallinas

Celos forenses

Rebelde patológico

Un apacible día de pesca

Asesinato

A Salavan en un Yak

El ayudante del exorcista

Miedo a aterrizar

Horas muertas

El moratón de la peluquera

Súcubo que agoniza

Coito mortal

Entre escombros

Un hospital sin médicos

Pegando la hebra con los muertos

Cómo perderse el Festival de That Luang

El otro berenjenal

Tres veces muerto

Almuerzo por el difunto forense

Y cuando parece que todo ha terminado...

República Democrática Popular Lao, octubre de 1976

Tran, Tran y Hok atravesaron una de esas nubes densas que se forman cuando la estación de lluvias está a punto de acabar. El aire cálido de la noche batía contra la rígida sonrisa de sus rostros, al tiempo que les colocaba el cabello en punta. Caían ordenadamente, como cae el aguanieve. Sin margen para acrobacias aéreas, simplemente se dejaban arrastrar por el peso de las bombas oxidadas que una cuerda de nailon rosa sujetaba a sus pies.

El mayor de los Tran, el más pesado de los tres, encabezaba el descenso. Al alcanzar la superficie de la presa de Nam Ngum llevaba una ventaja de dos segundos sobre los otros. De haber sido una prueba olímpica, habría obtenido al menos un 9,98. Y sin salpicar apenas. El menor de los Tran y Hok, alias Dos Veces Muerto, penetraron en el agua con una diferencia de milisegundos.

Un cuarto de tonelada de explosivos desactivados precipitó a los tres hombres al fondo del lago. Durante dos semanas, Tran, Tran y Hok permanecieron anclados al fondo, meciéndose al ritmo de la corriente, mientras los peces y las algas a los que proveían de alimento —parsimoniosos comensales en un puesto de fideos— les servían de distracción.

Reparto de responsabilidades *pre y post mortem*

La audiencia estaba resultando deprimente, pero lo peor era que no sería la última. El magistrado de la cara marcada estaba de regreso y, a partir de ese momento, cada puñetero viernes Siri se vería obligado a dar explicaciones, tendría que doblegarse ante un hombre que, por edad, bien podría ser su nieto.

En la jerga marxista-leninista, aquellas sesiones recibían el nombre de «seminarios sobre el reparto de responsabilidades», pero tras una hora frente a la combada mesa de contrachapado del juez Haeng, la carga de responsabilidad del doctor Siri se había vuelto enormemente pesada. El juez, recién salido de la *cadena de montaje*, se regodeaba expresando absurdas dudas sobre los informes de Siri e incluso cuestionando su ortografía.

—¿Y a qué atribuye la pérdida de sangre?

Por un momento Siri llegó a pensar si el magistrado no le estaría planteando una serie de preguntas trampa con la intención de evaluar su salud psíquica.

—Bueno... —consideró durante un instante—, ¿la incapacidad del cuerpo para retenerla? —El pequeño juez murmuró algo en voz baja y nuevamente llevó la mirada al informe. Era evidente que su inteligencia no alcanzaba a comprender el sarcasmo—. Por supuesto, el hecho de que al pobre hombre le cortasen ambas piernas por encima de las rodillas podría haber tenido algo que ver. Figura todo en el informe.

—Tal vez crea que figura todo en el informe, camarada Siri, pero usted siempre ha sido muy selectivo con respecto a la información que comparte con sus lectores. Si no le importa, en ocasiones futuras me gustaría disponer de más detalles. Y, si he de serle sincero, no entiendo cómo puede estar tan seguro de que haya sido la pérdida de sangre lo que lo mató, y no...

—¿Una insuficiencia cardíaca?

—Exacto. Debió de sufrir una conmoción terrible tras la amputación. ¿Cómo sabe que no le dio un infarto? No era un hombre joven precisamente.

En los tres casos anteriores, Haeng ya había sugerido la posibilidad de muerte natural, pero nunca había sido tan creativo como en esta ocasión. Siri consideró cuánto apreciaría el juez que todos los informes que llegaran a su despacho estuviesen encabezados por las palabras «paro cardíaco».

En efecto, el corazón del hombre había dejado de latir, pero esa había sido la evidencia y no la causa de su muerte. La lancha militar, recientemente reforzada con gruesas capas de blindaje, colisionó contra el muelle de hormigón de Tar Deua; el exceso de peso provocó su rápido hundimiento. Por fortuna para la tripulación, la colisión fue amortiguada por un pescador que ocupaba una pequeña embarcación de madera, pegada al muelle. Por sorprendente que pudiera parecer, al igual que la inmensa mayoría de los pescadores del Mekong, el hombre no sabía nadar.

La cubierta metálica de la lancha lo partió en dos, como la guadaña que cercena un tallo de arroz, mientras la barandilla lo mantenía inmovilizado. No tuvo escapatoria. El avergonzado capitán y la tripulación subieron al pescador a cubierta; estaba aturdido, no dejaba de hablar y de reírse, ignorante aún de que acababa de perder las extremidades inferiores.

Cuando la embarcación dio marcha atrás, la gente de la orilla pudo contemplar cómo las piernas caían al agua y se hundían. Seguramente horas después regresarían hinchadas a la superficie. El hombre llevaba chanclas desparejadas, de modo que encontrar un par homogéneo a tiempo para el funeral iba a resultar difícil.

—Si por cada fallecimiento que tenga lugar piensa aducir un infarto como causa, no veo para qué necesitamos un forense, camarada.

Siri estaba llegando a su límite, y nadie podría negarle su dilatada experiencia en el arte de aguantar. A sus setenta y dos años, después de haber sido testigo de un sinfín de calamidades, había desarrollado la calma de un astronauta suspendido en el espacio. No es que el budismo se le diese mucho mejor que el comunismo, pero lo cierto era que poseía la habilidad de entrar prácticamente en estado de meditación y mantener la ira a raya. Nadie recuerda haberlo visto nunca perder los nervios.

El doctor Siri Paiboun, cuya peculiar complexión recordaba la figura de un peso pluma con chepa, era a menudo calificado de culicorto. Al andar, parecía que la mitad inferior de su cuerpo se esforzaba por seguir el ritmo de la parte superior. Tenía el pelo corto y llamativamente blanco. Mientras que el cabello de un gran número de laosianos llegados al ocaso de sus vidas recuperaba por obra y gracia del Señor su antigua negrura, Siri había optado por la sensatez, desechando la idea de invertir parte de su asignación en el tinte chino Yu Dum. No había en él nada falso, ningún postizo, nada que hubiera sido modificado artificialmente. Era cien por cien él.

Bigote, lo que se dice bigote, tampoco tenía, a menos que las cejas cuenten como mostacho; densamente pobladas, quienes lo veían por vez primera tardaban unos instantes en distinguir sus peculiares ojos en medio de su rostro. Ni siquiera los más viajados se habían topado jamás con unos ojos como los suyos, de un tono verde tan intenso como el del feltro de una mesa de billar bajo los focos. De hecho, el propio Siri se sorprendía al verlos reflejados en el espejo. Ciertamente, no disponía de mucha información sobre sus padres biológicos, pero, hasta donde sabía, por sus venas no corría sangre alienígena. En todo caso, era incapaz de explicar de dónde habían sacado semejante color.

Transcurridos cuarenta minutos del seminario de responsabilidades compartidas, el juez Haeng aún no había sido capaz de mirarle a los ojos. Se había fijado en el movimiento oscilante de su lápiz, había reparado en el botón medio descosido del puño de la camisa blanca de

Siri y durante un tiempo permaneció observando las rejillas rotas de la ventana, como si en el exterior del Departamento de Justicia estuviese brillando la Estrella Roja en mitad del cielo nocturno, pero ni una sola vez posó su mirada en los ojos verde billar del médico.

—Faltaría más, camarada Siri, debemos tener un forense porque, como usted bien sabe, cualquier sistema socialista que se precie ha de rendir cuentas a sus hermanos y hermanas. La conciencia revolucionaria se sustenta bajo el brillo del faro del socialismo, pero el pueblo tiene derecho a ver la ropa interior del farero, bien limpia, secándose en las rocas.

¡Diantres! Al chico se le daba bien. Parecía experto en inventarse una consigna absurda para cualquier situación. Todo el mundo se iba tan contento con aquellos eslóganes, y al llegar a casa reflexionaban sobre ellos y caían en la cuenta demasiado tarde de que no tenían ningún sentido. Siri observó la palidez del joven y sintió cierta lástima por él.

Su única pretensión de respeto residía en un título de abogado expedido en la Unión Soviética e impreso en un papel tan fino que dejaba ver la pared de la que colgaba. Formado a toda prisa para cubrir una de las numerosas vacantes que las clases altas dejaron al huir del país, había estudiado en un idioma que no llegaba a comprender del todo y había obtenido un diploma que ni siquiera merecía. Su nombre fue incorporado por las autoridades soviéticas al registro de comunistas asiáticos educados con éxito por la gran patria socialista tan gloriosamente iluminada.

En opinión de Siri, los jueces debían ser personas cultas e instruidas que acumularan conocimiento a base de experiencia, capa tras capa, como van superponiéndose los anillos de un árbol. No concebía que se pudiera acceder a un puesto de esa categoría acertando respuestas de un examen tipo test en ruso.

—¿Puedo marcharme ya? —le preguntó Siri al tiempo que se dirigía hacia la puerta sin esperar su permiso. Haeng lo miró despectivamente, como si fuese poco más que un gusano.

—Creo que tendremos que hablar sobre su actitud en nuestro próximo seminario, ¿no cree? —Siri sonrió, mordiéndose la lengua para no hacer ningún comentario—. Y, por cierto, doctor —el forense tenía ya la nariz pegada a la puerta—, ¿por qué cree que

la República Democrática entrega gratuitamente zapatos negros de calidad a sus funcionarios?

Siri se miró las andrajosas sandalias de color marrón que llevaba puestas.

—¿Para mantener abiertas las fábricas chinas?

El juez Haeng bajó la cabeza y la movió de lado a lado a cámara lenta. Era un gesto que había visto hacer a hombres mayores, pero en él no terminaba de quedar bien.

—Hemos dejado atrás la selva, camarada. Hemos salido de las cuevas. Ahora infundimos respeto en las masas, y el atuendo es un reflejo de nuestra posición en la nueva sociedad. La gente civilizada lleva zapatos. Es lo que esperan nuestros camaradas de nosotros. ¿Entiende lo que le digo? —le hablaba muy despacio, como una enfermera a un paciente senil.

—Creo que sí, camarada. Pero si el proletariado va a besarme los pies, diría que lo menos que puedo hacer por él es ofrecerle unos cuantos dedos sobre los que posar sus labios.

Abrió de un tirón el pomo pegajoso de la puerta y se marchó.

Aquel largo viernes llegaba a su fin. Siri regresaba a casa paseando por las polvorientas calles de Vientián. Él siempre brindaba una sonrisa jovial a todo el que encontraba en su camino, pero había notado que cada vez eran menos los que se la devolvían. Los comerciantes que lo conocían de toda la vida intercambiaban algún comentario amistoso, pero los extraños empezaban a malinterpretar con creciente frecuencia su gesto amable. «¿Qué sabrá ese hombrecillo? ¿De qué se estará riendo?».

Se cruzó con varias empleadas del Gobierno que salían de trabajar. Vestían blusas caqui y tradicionales *simbs* negras hasta los tobillos. Aun así, todas conseguían incorporar un toque personal a sus uniformes: un broche, un cuello con algún elemento distintivo, un pliegue diferente en la falda.

Observó grupos de colegiales ataviados con roídas camisas blancas y bufandas toscas de color rojo. Parecían desconcertados a esa hora tardía, demasiado aturdidos para reírse o hacer el gamberro. Siri se sentía igual.

Pasó por delante de tiendas oscuras y semivacías, en todas parecían vender lo mismo. Caminó frente a fuentes cuyos caños secos se habían convertido en cuevas de insectos, y al lado de edificios inacabados, rodeados de andamios de bambú que la hiedra asediaba.

Tardó veinte minutos en llegar a casa, el tiempo justo para quitarse de la cabeza la molesta imagen del juez Haeng. Se alojaba en una vieja residencia francesa de dos plantas con un pequeño y próspero huerto delantero. El edificio necesitaba un buen lavado de cara: pintura, mortero, cristales nuevos, azulejos, prácticamente de todo, pero de momento no parecía probable conseguir ninguno de esos materiales.

Como de costumbre, Saloop salió de entre las coles como un cocodrilo e, incluso en estado de semiinconsciencia, comenzó a ladrarle. En los diez meses que Siri llevaba allí, el perro no había dejado de hacerlo cada vez que lo veía. Nadie habría podido explicar por qué ese chucho piojoso se ensañaba de esa manera con el médico, solo con él; sin duda, las cosas que pasaban por la mente del animal escapaban a la comprensión del ser humano.

Como todos los días, al abrir la puerta principal, el jadeo inquietante de Saloop invocó un coro de ladridos y gruñidos en toda la calle. Su llegada a casa nunca podría pasar desapercibida. Incluso las escaleras lo traicionaban; con cada pisada, el crujido de los escalones resonaba en mitad del pasillo, y los tablones sueltos anunciaban su presencia en la planta superior.

Ni la puerta principal ni la de su habitación estaban cerradas con llave. No era necesario: la delincuencia se había acabado en el país. Su cuarto, situado en la parte de atrás, daba al pequeño templo de Hay Sok. Se quitó las sandalias y entró. Junto a la ventana había un escritorio con libros que parecían aguardar su llegada. Apoyado en la pared, bajo la mosquitera, un colchón de escaso espesor permanecía enrollado. En torno a una mesita de hojalata se disponían tres sillas descascarilladas de vinilo, y un pequeño y roñoso lavabo se encaramaba a una gruesa tubería metálica.

El baño estaba abajo y lo compartía con otras dos parejas, tres niñas y una señora, la jefa interina de la sección de formación de profesores del Departamento de Educación. Aquello era el botín de la victoria comunista, pero, como las condiciones no habían

empeorado, nadie se quejaba. Encendió el gas del único quemador de la hornilla y puso el hervidor a calentar para hacer café. En cierto modo, le sentaba bien estar en casa.

Pero este iba a ser un fin de semana de extraños despertares. El viernes por la noche Siri se quedó leyendo en su escritorio junto a la lámpara de aceite hasta que el alboroto de las polillas consiguió sacarlo de juicio. Desde su camastro vio la luna salir de detrás de una nube, y luego de otra, y de otra, y así se fue quedando hipnotizado hasta caer en un plácido sueño.

El universo onírico de Siri siempre había sido un tanto extraño. De niño, imágenes turbadoras acechaban constantemente sus noches. La juiciosa mujer que lo crió se acercaba a veces a su cama para recordarle que aquellos eran *sus* sueños, y que estaban en *su* cabeza; nadie salvo él mismo tenía derecho a permanecer allí. De este modo, aprendió a hacerse fuerte y le perdió el miedo a sus pesadillas.

Pero aunque dejaron de asustarlo, jamás recuperó el control sobre ellas. Por ejemplo, no era capaz de ahuyentar a los indeseables visitantes que deambulaban por su mente mientras dormía, todo un desfile de extraños dispuestos a impedirle un descanso apacible. Estaban ahí, al acecho, ociosos, como si la cabeza de Siri fuese una sala de espera. A menudo tenía la sensación de encontrarse entre bastidores, como en el interior del sueño de otra persona.

Pero los visitantes más peculiares de su subconsciente eran los muertos. Desde su primer contacto con la muerte —un hombre acribillado a balazos que falleció en su mesa de operaciones—, todos los que habían cruzado al más allá se habían tomado la molestia de pasar a saludarlo.

Cuando aún era un joven médico llegó a pensar que tal vez lo estaban castigando por no haber sido capaz de salvar sus vidas. Ninguno de sus compañeros mencionaba apariciones de ese tipo, y un psicólogo con el que había trabajado una vez en Vietnam le sugirió que eran simplemente la manifestación de su propia culpa. Todos los médicos se preguntan si no podrían haber hecho algo más por las víctimas. De acuerdo con la teoría del instruido terapeuta, en el caso de Siri estas dudas adquirirían una dimensión visual.

No obstante, lo tranquilizaba el hecho de que, en sus sueños, los difuntos no parecían culparlo de nada. Eran meros espectadores, se limitaban a acompañarlo, jamás lo amenazaron. Y el psicólogo le aseguró que eso era una buena señal.

Desde que Siri empezó a trabajar como forense y a tener contacto con cadáveres de individuos a los que no había conocido en vida, estas visitas fueron incorporando un matiz cada vez más intenso: de algún modo, era capaz de percibir los sentimientos y la personalidad de los difuntos. El tiempo transcurrido desde que la vida abandonaba esos cuerpos carecía de relevancia. El mundo de sueños de Siri ponía a su disposición una suerte de caja de herramientas con la que reconstruir el espíritu del muerto. Luego, ya podía entablar conversación con ese conjunto bien ensamblado, y hasta llegaba a percibir la auténtica esencia de esa persona en su vida real.

Huelga decir que Siri nunca se atrevió a mencionar estas «reconstrucciones» a sus amigos o a sus compañeros. Admitir que de noche se convertía en un febril lunático no iba a resultar beneficioso para nadie. Su afección no era perjudicial; de hecho, lo alentaba a mostrar más respeto, si cabe, hacia los cadáveres, pues sabía que sus antiguos propietarios volverían tarde o temprano.

Con sueños tan misteriosos como aquellos, no era de extrañar que Siri se despertase confuso con frecuencia. El sábado por la mañana se encontró en una de esas dimensiones intermedias. Era consciente de que estaba en su habitación y, más aun, de que tenía picaduras de mosquitos en dos de sus dedos. Oía el goteo del grifo y podía oler el humo de las hojas quemándose en los jardines del templo, pero continuaba soñando.

En una de las sillas de vinilo de su cuarto había un hombre sentado. La luz matinal que atravesaba la cortina incidía justo detrás de su cabeza. Desde el interior de la mosquitera, Siri no alcanzaba a distinguir con claridad su rostro, pero no tenía duda de quién era. No llevaba camisa y su torso azulado, de aspecto frágil, estaba cubierto de tatuajes de antiguos mantras. Bajo un taparrabos de cuadros descansaban dos piernas amputadas. La sangre coagulada hacía juego con el vinilo.

—¿Qué tal se encuentra? —se interesó Siri.

Era una pregunta extraña tratándose de un muerto, pero bueno, así es como ocurren las cosas en los sueños... Siri podía percibir los agudos ladridos de los perros en el callejón de enfrente. Las señales que indicaban su recuperación de la conciencia se multiplicaban, pero el barquero no se movía de allí.

El tipo permanecía sentado, mirando a Siri con una sonrisa desdentada en el rostro. En un momento dado apartó la mirada y señaló hacia delante con un dedo largo y huesudo. Siri tuvo que incorporarse sobre la almohada para ver de qué se trataba. Sobre la mesita había una botella de *whisky* Mekhong —¡mira qué bien, qué detalle...!— cuyo contenido parecía más oscuro y denso de lo normal. Quizá era sangre, o quizá no era más que otro delirio de Siri.

Volvió a recostarse sobre la almohada y se preguntó qué grado de conciencia del entorno tendría que adquirir para que aquel anciano se marchase de una vez. Entonces, la cortina se agitó levemente y la brisa trajo más humo del templo. Y en este segundo de distracción, le asaltó una duda. La cabeza del pescador podría haber sido un pliegue de la cortina; su cuerpo, la hendidura de incontables espaldas que antes que él se habían apoyado en aquella silla.

Como guiado por la batuta de un director de orquesta, el coro de ladridos enmudeció de repente y el único sonido que quedó fue el goteo del grifo. Ahora no había duda de que estaba despierto. Se maravilló de la magia de los sueños y se rio entre dientes al pensar que tal vez uno de sus reclusos —uno de esos visitantes que pululaban por su mente mientras dormía— hubiese intentado escapar.

Preso de un súbito vigor y de una misteriosa euforia, Siri apartó la mosquitera y se levantó de la cama. El mosquito que estaba atrapado en ella se había dado un glorioso festín a base de la sangre de su dedo. El insecto logró alcanzar la ventana y se fue volando como si quisiera alardear de su particular agresión.

Puso el hervidor en el fuego, corrió la deslucida cortina y colocó su pequeño transistor sobre la mesita. Era un pecado, lo sabía, pero esa infracción lo llenaba de placer. Desde las cinco de la mañana, las emisiones radiofónicas de Laos retumbaban por los altavoces que llenaban la ciudad. Algunos tenían el honor de despertarse al son de datos estadísticos que, con cumplida información acerca de la

cosecha nacional de arroz, se colaban por sus ventanas; había también hogares que vibraban de mañana con el recordatorio de que las barreras de sal podían mantener alejadas a las babosas de los cultivos.

Pero Siri se hallaba en un plácido agujero negro, suficientemente alejado de la megafonía como para que sus mensajes quedasen relegados a un lejano murmullo. A cambio, podía escuchar las noticias de su querido transistor. A un volumen muy bajo, sintonizaba la emisora de actualidad internacional del canal militar tailandés. En la radio laosiana era como si el resto del mundo se hubiese desvanecido.

Naturalmente, tanto la radio como la televisión tailandesas estaban prohibidas en la República Democrática Popular. No es que fuesen a detenerte por escucharla, pero si trascendía, un miembro del Consejo de Seguridad de tu distrito se presentaría a la puerta de tu casa y lo pregonaría a los cuatro vientos para poner al corriente a todos los vecinos: «Camarada, ¿no se da cuenta de que escuchar esa propaganda extranjera tan decadente solo sirve para corromper el cerebro? ¿Acaso no estamos contentos con lo que tenemos? ¿Por qué hemos de darles la satisfacción de escuchar su ponzoña a esos cerdos capitalistas?».

Tu nombre pasaba entonces a engrosar la lista de subversivos de cuarto grado y, en teoría, tus compañeros de trabajo dejarían de confiar plenamente en ti. A juicio de Siri, sin embargo, el decreto solo conseguía privar a los laosianos de un agradable pasatiempo.

Los tailandeses estaban desolados porque los pérfidos comunistas se habían mudado al país vecino y, desde luego, su paranoica milicia no era precisamente un ejemplo de sutileza. A Siri le encantaban esas emisiones. Estaba absolutamente convencido de que si el politburó permitiese el acceso a la radio tailandesa, el pueblo podría decidir por sí mismo bajo qué régimen prefería vivir.

Había oído comentarios de «expertos» acerca del gusto innato de los rojos por compartir esposas, hecho que ocasionaba tal desconcierto en la sociedad que «el incesto era inevitable». Siri desconocía por qué el comunismo había provocado un aumento tan pronunciado de nacimientos de bebés bicéfalos, pero la radio tailandesa aseguraba que disponía de las cifras que daban fe de ello.

El sábado por la mañana era su momento favorito porque se daba por hecho que todo el pueblo laosiano se encontraría reunido

en torno a la radio, deseoso de escuchar la propaganda oficial. Pero hoy Siri tenía otras distracciones. Ni siquiera llegó a encender el transistor. Llevó su cargado café vietnamita a la mesa, se sentó en su silla favorita e inspiró el delicioso aroma. Olía mucho mejor de lo que sabía.

Estaba a punto de darle un sorbo cuando la luz que penetraba a través de la ventana se reflejó en un lado de la mesita de hojalata, en concreto sobre un círculo de humedad, algo así como la marca de un vaso mojado. Aquello no tenía nada de raro, salvo por el hecho de que Siri no había colocado nada sobre la mesa. Su taza estaba seca y aún permanecía en su mano. Con el clima de Vientián, era imposible que algún resto húmedo de la noche anterior hubiera llegado al día siguiente.

Bebió un poco de café y se quedó mirando el círculo con calma, a la espera de que alguna respuesta repentina llegara a su mente. Posó los ojos en la silla, donde las sombras del amanecer habían estado tomándole el pelo, y luego volvió a mirar la mesa. Siendo un poco retorcido, podría decir que el círculo estaba en el lugar exacto donde había visto la botella de *whisky* del barquero. Se dirigió a la estantería que tenía a su espalda y arrancó una hoja del rollo de papel.

Pero cuando volvió a la mesita, el círculo había desaparecido.

Su segundo despertar del fin de semana no fue tan misterioso. La señorita Chantavone, del Departamento de Educación, tenía la costumbre de no llamar a la puerta hasta haberla atravesado. A menudo sorprendía a Siri vistiéndose o desvistiéndose, y siempre lo miraba como si fuese culpa de él. Si a Siri se le hubiera ocurrido hacer lo mismo en la casa de ella, habría tenido que enfrentarse a una citación judicial.

Pero este domingo por la mañana aún estaba dormido cuando ella llegó, así que debía de ser temprano. El aroma a incienso del templo ya había inundado la estancia, pero los gallos seguían soñando que sobrevolaban montañas y lagos.

—Venga, dormilón. Es hora de despertarse. —Como no tenía hijos, aquella insufrible mujer hacía de madre de todo el mundo.

Dirigiéndose a la única cortina del cuarto, la abrió con decisión. Una tímida luz se filtró en el interior. No cabía duda de que era muy temprano. Se quedó junto a la ventana con los brazos en jarras—: Tenemos una acequia que cavar.

En su mente, Siri dejó escapar dos gruesos lagrimones. ¿Qué había pasado con los fines de semana, con el tiempo libre, con los días de descanso? El horario de mañana del sábado acababa convirtiéndose invariablemente en jornada completa, y ahora estaban robándole también los domingos. Se obligó a abrir un ojo.

La señorita Chantavone llevaba unos pantalones de pana y una severa camisa de manga larga abotonada hasta el cuello y en las muñecas. Recogía su cabello quebradizo en coletas, y a Siri le recordaba a la campesina china inmortalizada para los anales en los carteles de Mao. La propaganda china nunca fue pródiga en rasgos faciales, de la misma forma que la naturaleza no se había esmerado demasiado con la señorita Chantavone, una de esas personas de entre treinta y sesenta años, con la complexión de un adolescente desnutrido.

—¿Pero qué clase de tortura es esta? Déjeme tranquilo.

—No. Faltó a la pintura del centro juvenil el mes pasado. No pienso permitir que se quede sin la oportunidad de cavar el canal de desagüe, ni pensarlo.

En Vientián, los servicios a la comunidad no eran un castigo; eran la recompensa por ser un ciudadano ejemplar. La ofrenda de las autoridades al pueblo. No querían privar a ningún hombre, mujer o niño del excelso orgullo derivado de contribuir a repavimentar una carretera o dragar un arroyo. El Gobierno sabía que la gente renunciaría encantada a su único día libre por un obsequio así.

—Estoy acatarrado —dijo Siri tapándose la cabeza con la sábana.

Oyó el agua tintineando en el hervidor y el sonido del gas saliendo de la hornilla. Sintió que un cosquilleo le atravesaba el cuerpo y observó cómo Chantavone ataba la mosquitera al gancho de la pared. A continuación supo que estaba barriendo el suelo con la escoba de paja.

—Por eso le estoy preparando una nutritiva taza de té con una rodajita de...

—Odio el té.

—No, no lo odia.

Siri se rio.

—Contaba con que después de setenta y dos años ya tendría las cosas claras acerca de lo que odio y lo que no.

—Tiene que reponer fuerzas para cavar.

—¿Y qué ha pasado con los presos? Antes se encargaban ellos de estas cosas. Cavar zanjas, desatascar alcantarillas...

—Doctor Siri, me sorprende. A veces me pregunto si de verdad ha luchado por la revolución. Ya no hay ninguna excusa para que los incultos e ignorantes se encarguen del trabajo sucio. Todos somos perfectamente capaces de levantar una azada y de blandir un hacha.

—Y de diseccionar un hígado canceroso —murmuró Siri bajo las sábanas.

—Todos nuestros delincuentes —pobres conciencias extraviadas— están en las islas, reeducándose. Debería saberlo. Bueno, ¿piensa levantarse o voy a tener que sacarlo a rastras de la cama?

Siri decidió castigarla por tomarse unas confianzas que nadie le había dado.

—No. Ya me levanto yo. Pero debo advertirle de que estoy desnudo y tengo una erección matutina. Nada sexual, entiéndalo. Es la consecuencia de la presión sobre...

Se oyó un leve chasquido y el golpeteo de unas tablas sueltas en la veranda. Siri emergió de entre las sábanas y observó triunfante la habitación vacía.

Cuando bajó, había dos camiones abarrotados de vecinos somnolientos y visiblemente complacidos ante una propuesta dominical tan agradable. El área 29C estaba encargada de suministrar la mano de obra para la sección 189 del canal de riego. Les llevaría la mayor parte del día, pero, a cambio, recibirían de forma totalmente gratuita un almuerzo a base de arroz pringoso, pescado salado y *tindola*¹.

Se quitó de encima la molesta presencia de Saloop y se subió al camión de atrás. Había visto a la señorita Chantavone en el primer vehículo, sermoneando a la joven pareja del apartamento de

¹ Calabaza hiedra, ingrediente de la cocina india. (N. del E.).

enfrente. Siri saludó a sus vecinos y bromeó con ellos mientras el convoy se ponía en marcha. Sus vecinos le devolvieron el saludo y las bromas, pero el buen talante no parecía sincero.

A pesar de haberse afiliado al Partido Comunista por razones del todo inapropiadas, Siri llevaba cuarenta y siete años en él. Su condición era la del comunista pagano. Con el tiempo había llegado a creer con idéntica convicción en dos ideas contradictorias: que el comunismo era la única forma en que el hombre podía sentirse plenamente satisfecho, y que el hombre, dada su naturaleza egoísta, jamás podría poner en práctica con éxito el comunismo. La consecuencia lógica de estos dos puntos de vista era la insatisfacción permanente. La historia, con su largo desfile de anarquistas desencantados, solía darle la razón.

Tras conseguir acceder al sistema educativo francés —que establecía escandalosas restricciones hacia los más desfavorecidos—, Siri acabó demostrando que un chico de campo también podía valer por sí mismo. Halló un peculiar y benévolo mecenas de origen galo que lo envió a París, donde se convirtió en un competente, que no brillante, estudiante de Medicina. Francia nunca se había caracterizado por facilitarles la vida a aquellos que no pertenecían al ámbito francófono; de hecho, allí, *tout le monde* iba a lo suyo.

Pero Siri estaba acostumbrado a luchar. Durante sus dos primeros años en Ancienne, sin distracciones, consiguió engrosar las filas de ese treinta por ciento de los mejores de la clase. Sus profesores coincidían en que, «para ser asiático», tenía un futuro prometedor. Pero, al igual que numerosos hombres de provecho antes que él, pronto descubrió que todo el potencial del mundo quedaba reducido a nada frente a las posibilidades de unos buenos pechos.

En tercero de Patología, Siri dejó de concentrarse en la enorme pizarra atiborrada de esquemas para fijar la atención en Bouasawan, una estudiante laosiana de Enfermería, de tez enrojecida, que se sentaba junto a la ventana hiciera el tiempo que hiciese. Por lo general, Siri era capaz de adivinar la temperatura exterior gracias al sube y baja de su jersey. En verano, lo que absorbía su mente era el movimiento pausado de una blusa con más botones desabrochados de los

estrictamente necesarios. Tras conseguir un aprobado raspado en la asignatura, Siri inició un descenso en picado a los infiernos, hasta caer en el grupo del veinte por ciento de los peores.

Al cuarto año, Siri y Bouasawan ya eran novios y compartían un estudio tan pequeño que tuvieron que acortar la cama para que la puerta pudiera abrirse. Bouasawan era una chica lozana y de curvas marcadas, natural de Luang Prabang, la antigua capital de la realeza. Su familia era monárquica desde generaciones atrás. Pero mientras sus padres se arrodillaban y se inclinaban a los pies del monarca, arrojándole pétalos de orquídeas, ella pasaba las horas en su habitación tramando la muerte del soberano.

Bouasawan había entrado en contacto con el Partido Comunista francés a través de su primer amante, un joven y enjuto profesor de Lyon. A la primera oportunidad, la chica partió hacia su particular meca. Mientras Siri había ido a París con el objetivo de convertirse en médico, los estudios de Enfermería solo eran la excusa de Bouasawan para alcanzar el título de hija ejemplar del comunismo, cuya misión era arengar a las masas oprimidas de su país.

Le dejó claro a Siri que, si quería su mano, tendría que abrazar también la bandera roja. Él quería su mano; también el resto de ella, así que consideró que por cuatro tardes a la semana, algún que otro domingo y cinco francos al mes, el trato merecía la pena. Al principio, la idea de asistir a las reuniones que alentaban la caída del gran imperio capitalista lo inquietaba un poco. A él le gustaba bastante la música del capitalismo y disfrutaba bailándola en cuanto se presentaba la ocasión. Había sido pobre toda su vida, y deseaba convertirse en médico para revertir la situación. Pero el sentimiento de culpa por albergar tales aspiraciones acabó por apoderarse de él.

Así fue como el comunismo y Bouasawan conspiraron para echar por tierra sus esperanzas y sus sueños. Al abrazar a su prometida y su bandera roja, se fue desvinculando poco a poco de la medicina. De hecho, para aprobar su quinto año tuvo que presentarse a varios exámenes de recuperación. Y al llegar al periodo de especialización, dos estrellas negras encabezaban su expediente. Indicaban que el estudiante en cuestión necesitaba demostrar una condición excepcional como residente o, de lo contrario, lo meterían de vuelta

en un vuelo de Air France y tendría que despedirse de la financiación de su mecenas.

Por fortuna, Siri era un médico nato. Los pacientes lo adoraban y el personal del hospital Hôtel-Dieu lo tenía en tan alta estima que la administración le ofreció quedarse en Francia y trabajar allí a tiempo completo. Pero su corazón estaba con Bouasawan, y cuando ella regresó a su patria para luchar por la causa, él quiso permanecer a su lado.

El lunes, Siri fue andando hasta el río Mekong y se entretuvo deambulando por allí un rato. Había sido un año de frecuentes precipitaciones, pero estaba seguro de que no volvería a llover hasta dentro de cinco meses. El sol de aquella fresca mañana de noviembre aún no había reunido la fuerza necesaria para secar la hierba. Dejó que el rocío le empapase los pies y se preguntó cuánto tiempo sobrevivirían los brillantes zapatos del Partido con la llegada de las próximas lluvias.

Paseó desganado por la ribera absorbiendo los efluvios de esas florecillas silvestres que en lao se llaman «heces de cuervo». En la orilla opuesta, Tailandia y sus barquitos le devolvían una mirada hostil: el río, que antaño fue un canal, era hoy frontera.

Luego, frente al hospital Mahosot, se sentó en un inestable taburete junto a la carretera y pidió unos rancios fideos *feu* del puesto ambulante. Hoy en día, nada tenía sabor. Pero teniendo en cuenta todas las enfermedades a las que había estado expuesto a lo largo de los años, aquello no iba a suponer el más mínimo quebranto para su salud. Seguro que si se inyectaba salmonela en vena ni se enteraría.

Sin más excusas para postergar su llegada, sorteó los edificios —esas cajas de zapatos— que lo separaban de su despacho. El hospital, construido sin estilo ni gracia por los franceses, era básicamente un conglomerado de búnkeres de hormigón. Vaciló un instante frente a la puerta del suyo antes de entrar. Arriba, el cartel rezaba DÉPÔT DE CORPS, en francés; abajo, el felpudo —su toque personal— decía WELCOME, en inglés.

Solo dos de las habitaciones del búnker contaban con luz natural. Una de ellas era su despacho, que compartía con sus dos asistentes, a los que el juez Haeng se refería despectivamente como «uno y medio».

—Buenos días, camaradas.

Entró en la habitación de cemento gris y se dirigió a su mesa. Dtui levantó la vista de su revista tailandesa.

—Salud, doctor.

Dtui era una enfermera joven y robusta, pulcra, alegre, cuyo rostro, no obstante, exhibía profundas líneas de expresión. Su primera reacción a todo era sonreír, y Dios sabe que no tenía muchos motivos para ello.

—Dudo que el Departamento de Información y Cultura se alegrara demasiado de verla leyendo semejantes perversiones burguesas.

La enfermera sonrió ante el comentario del doctor.

—Solo intento no perder de vista lo repulsivo que puede llegar a ser el sistema capitalista, camarada. —Levantó una imagen tricolor mal impresa de una estrella de la televisión en minifalda y continuó—: Quiero decir, ¿me vería a mí con algo así?

A Siri no se le daba bien la instrucción del proletariado a su cargo. Carecía de la disciplina necesaria para apuntalar un régimen. Sonrió para sí mismo y arqueó las cejas. Un hombre que se mecía de un lado a otro en una esquina atrajo su atención.

—Ah..., buenos días, señor Geung.

El hombre-columpio sonrió al oír su nombre y alzó la vista.

—Buenos días, doctor Camarada. Buenos y... calurosos —añadió, asintiendo en conformidad con su propio comentario.

—Sí, señor Geung. Creo que tiene razón. ¿Tenemos algún cliente hoy?

Como siempre, Geung se rio del recurrente chascarrillo de Siri.

—Hoy no tenemos ningún cliente, doctor Camarada.

Y eso era todo. Ese era el equipo que Siri había heredado, el trabajo que no quería, el tipo de vida que nunca deseó tener. Llevaba casi un año ejerciendo como médico forense principal —y único— del país. Había sido el primero en reconocer su escasa aptitud profesional y su ausencia de entusiasmo.

Su primer mes de formación profesional *in situ* había sido un auténtico chiste. El único médico laosiano con experiencia en autopsias había cruzado el río —supuestamente sirviéndose de la cámara de

aire de un neumático— mucho antes de la llegada de Siri. Así que, aparte del señor Geung, quien, como asistente del anterior patólogo, había adquirido una serie de conocimientos tan vastos como bien disimulados, no había nadie allí dispuesto a enseñar a Siri cómo desempeñar su nueva tarea. Dtui solo llevaba un mes.

Una vez que asumió que tendría que aplazar su jubilación, se dispuso a aprender el oficio con la ayuda de un par de manuales franceses algo deteriorados. Durante sus primeras incursiones en la materia, se valía de un viejo atril que había encontrado en el colegio estadounidense abandonado; gracias a él, conseguía mantener los libros abiertos mientras iba cortando por aquí y por allá. Parecía un director de orquesta intentando sacar música de los cadáveres.

—Siguiente.

Dtui pasaba de página mientras él comprobaba sobre el terreno la validez de las recomendaciones de los patólogos franceses de 1948. A lo largo de los años, Siri había llevado a cabo un importante número de intervenciones quirúrgicas en el campo de batalla, pero mantener sanos a los vivos era una ciencia que nada tenía que ver con hurgar en los muertos. Se requerían procedimientos y protocolos diferentes. Nunca pensó que a los setenta y dos años tendría que ponerse a aprender un nuevo oficio. Siri había llegado a Vientían el 23 de noviembre de 1975, justo después de la victoria del Pathet Lao, y se había hecho una idea mucho más placentera de las cosas.

Tras la histórica conferencia del Partido el 5 de diciembre, los ánimos estaban por las nubes. No había celebración que no estuviese regada por cubas y cubas del mejor licor de arroz laosiano. Las mejillas ya estaban magulladas de tanto beso impetuoso y viril.

El príncipe heredero, pálido de la cabeza a los pies, leyó en voz alta el comunicado de abdicación de su padre y, como era de esperar, rehusó participar en los festejos. Los miembros del Pathet Lao, tras décadas de insurgencia en las cuevas, se habían convertido en los dirigentes de Laos. El reino era ahora una república. En el fondo, los soldados más veteranos nunca llegaron a creer que semejante sueño pudiese hacerse realidad.

Su pasado de guerrilleros en la selva los llevó a sustituir las mesas del salón de banquetes por esteras de paja. Allí se sentaron en círculos, saboreando la victoria. Un grupo de atractivas jóvenes con carmín en los labios y uniformes verdes se encargaban de reponer viandas y licores.

Siri cayó en la cuenta de que, probablemente, a lo largo de su vida había pasado más tiempo en el suelo con las piernas cruzadas que sentado en sillas. También él estaba de buen humor aquel día, aunque no por las mismas razones que sus compañeros. De no haber sido por el camarada mayor Khamlasy, habría regresado a la casa de huéspedes donde se alojaba, a dormir el sueño de los vencedores.

El alto y escuchimizado miembro del Partido aprovechó que había un hueco libre junto a Siri y se sentó en el círculo.

—Nada, camarada Siri... , que lo hemos conseguido.

—Eso parece. —Siri no estaba acostumbrado a tomar *whisky* de arroz en grandes cantidades y no controlaba bien su lengua—. Aunque tengo la sensación de que estamos aquí para celebrar el fin de algo y no el principio.

—Según Marx, todos los comienzos son difíciles.

—Ningún conocimiento que usted o Marx hayan adquirido podría prepararlos para los problemas que se avecinan. Pero, ¡qué diantres, Kham, no hay duda de que ha conseguido callarles la boca a los escépticos!

Siri levantó su vaso y lo entrechocó contra el de Khamlasy, pero bebió solo. Los ojos del camarada se mostraban ligeramente hundidos en sus cuencas, parecían serpientes al acecho.

—Dice «usted» como si no tuviese intención de ayudarnos con esas dificultades que nos esperan.

Siri se rio.

—Camarada Kham, tengo casi un siglo de vida. Estoy cansado. Creo que me he ganado mi huertecito, mi café tranquilo por la mañana, mis ratos de lectura por la tarde y mi coñac por la noche para conciliar el sueño.

Khamlasy alzó su copa hacia el primer ministro, que estaba sentado en un círculo lejano con las mejillas encendidas, perceptiblemente alegre. Ambos apuraron sus copas y pidieron otra.

—Qué raro. Si no recuerdo mal, no tiene ningún familiar vivo. ¿Cómo pensaba exactamente mantener ese estilo de vida tan decadente?

—Di por hecho que después de cuarenta y seis años de afiliación al Partido tendría derecho a...

—¿Una pensión?

Khamlasy soltó una grosera carcajada.

—¿Por qué no?

Siri siempre creyó, y dio por hecho, que, si alguna vez se alzaban con la victoria, podría aspirar a la jubilación. Había sido su sueño durante aquellas noches húmedas en los bosques del norte; su consuelo por cada niño o niña que no consiguió arrancar de las zarpas de la muerte. Llevaba tanto tiempo creyéndolo que había dado por sentado que también era algo obvio para los demás. Khamlasy siguió ridiculizando su plan.

—Mi viejo amigo, pensaba que después de cuarenta y seis años tendría las cosas algo más claras. El socialismo significa contribuir mientras se tenga algo que aportar. Cuando empiece a olvidar dónde tiene la boca y le chorree yema de huevo por la camisa, cuando tenga que usar pañales para mantenerse seco, entonces el Estado le mostrará su gratitud. El comunismo siempre brindará protección a sus miembros más débiles.

»Pero mírese hoy. Conserva una salud envidiable y una mente de lo más perspicaz. “De cada cual según sus capacidades, a cada cual según sus necesidades”. Qué egoísta sería negarle sus servicios al país por el que tanto ha luchado para liberarlo de la tiranía.

Siri miró hacia el círculo más elevado. El presidente, un miembro reformado de la familia real, estaba flanqueado por una bella mujer soldado, cuidadosamente maquillada, a cada lado. En determinado momento, empezó a cantar una tonada revolucionaria vietnamita, convirtiéndose de inmediato en el centro de atención y haciendo enmudecer las conversaciones de la sala. La interpretación se interrumpió hacia la mitad de la segunda estrofa, momento en que el presidente olvidó la letra y sus camaradas prorrumpieron en vítores y aplausos.

Una pequeña orquesta de instrumentos de bambú y madera tomó el escenario, y la charla entre unos y otros se reanudó de una

forma algo más solemne. Siri aún no había conseguido desechar el halo de decepción en que se había visto envuelto de repente. Esperó a que Khamlasy terminase una acalorada conversación con alguien situado a su derecha para volver a dirigirse a él con más ímpetu del que el camarada mayor estaba acostumbrado.

—Imagino que el politburó ya habrá debatido mi situación.

—Así es. Nos ha impresionado a todos con su templada dedicación a lo largo de todos estos años.

Siri sabía perfectamente que, con el eufemismo «templada», aludía a su actitud más bien apática. En esa última década había dejado de mostrar el ardor revolucionario que se esperaba de él y, en consecuencia, lo habían destinado a la casa de huéspedes número 3 del Partido, lejos de Sam Neua, donde se formulaban las políticas y se tomaban las decisiones. Encargado de atender a los militares heridos que regresaban del campo de batalla, poco a poco fue perdiendo contacto con los camaradas de mayor rango y sus actividades.

Khamlasy se aproximó a Siri y lo rodeó con el brazo. Aunque el médico era una persona bastante llana y de trato cercano, consideró que el gesto, en una situación como aquella, constituía una falta de respeto.

—Le hemos asignado un puesto de gran responsabilidad.

Las palabras de Khamlasy pretendían sonar a recompensa, pero Siri las percibió como un palo de madera que estuviera golpeándole la cara. ¡Para qué diantres necesitaba él a estas alturas de vida un puesto de gran responsabilidad!

—¿Por qué?

—Porque es el mejor hombre para ese trabajo.

—Jamás he sido el mejor hombre para ningún trabajo, jamás.

—No sea tan modesto. Usted es un cirujano experimentado. Tiene una mente inquisitiva capaz de ver más allá de las apariencias. Hemos decidido que sea el forense policial jefe de la república.

—Miró los ojos verdes de Siri en busca de un atisbo de orgullo, pero solo percibió desconcierto. Si le hubiera anunciado su nombramiento como nuevo maestro de globoflexia o flamante campeón de monociclo de la república su cara habría sido la misma.

—No he hecho una autopsia en mi vida.

—Bah... Si al final es todo lo mismo. Coser un poquito por aquí, cortar otro tanto por allá...

—Por supuesto que no es así.

A pesar de que el tono de Siri carecía de agresividad, a Khamlasy le sorprendió que lo contradijeran con tanta desfachatez. Los miembros más veteranos del Partido estaban acostumbrados a cierto grado de respeto. Siri tenía un talante tranquilo y decía las cosas con bastante delicadeza, pero no dudaba en corregirlos cuando se equivocaban. Ese hábito suyo fue otro de los motivos para su traslado a la selva.

—¿Perdone?

—Ni siquiera sabría por dónde empezar. Claro que no puedo hacerlo. Es un trabajo complicadísimo. ¿Quién cree que soy?

A pesar de que el *whisky* brillaba todavía en sus ojos de serpiente, el camarada Kham estaba claramente molesto ante lo que consideraba una falta de gratitud de Siri. Apretó los hombros del anciano y con evidente hostilidad susurró en su oído:

—Tenga en cuenta que usted es un engranaje más en esta gran máquina revisionista que ahora impulsa nuestro amado país. Usted es un engranaje en la misma medida en que yo y el presidente somos un engranaje. Cada engranaje permite que la máquina funcione correctamente. Pero, siguiendo la misma línea de razonamiento, un engranaje defectuoso puede producir un atasco y detener el funcionamiento. En este momento tan crucial de nuestra creación necesitamos que todos nuestros engranajes estén bien ensamblados y coordinados. No nos decepcione. No detenga la máquina, Siri.

Khamlasy le dio un último y doloroso apretón en el hombro, asintió y se dirigió hacia otro círculo. Siri, aturdido, echó un vistazo a la mecánica revisionista que lo rodeaba. Lubricadas por el alcohol, las ruedas ya se estaban deformando. En un punto determinado, dos de estas ruedas habían chocado y ahora formaban un ocho. Había engranajes grandes e importantes y otros pequeños e insignificantes; algunos se habían marchado al baño y no habían vuelto, dejando visibles huecos en sus respectivas ruedas. Otros se apiñaban en ruedas más pequeñas haciendo caso omiso de la gran máquina.

Siri sintió un repentino malestar y le explicó a su rueda que necesitaba orinar. Se dirigió al cuarto de baño tambaleándose, pero pasó

de largo y atravesó la puerta del ayuntamiento. Los guardias que flanqueaban la entrada alzaron sus fusiles a modo de saludo. Siri los saludó también, se aflojó la corbata negra y se la sacó por la cabeza. Se acercó a uno de los jovencísimos centinelas, enganchó la corbata en su reluciente bayoneta y allí la dejó, meciéndose de lado a lado.

Con una sonrisa y un gesto de agradecimiento, se despidió de los chóferes de las limusinas ZIL de segunda mano que aguardaban a los camaradas para trasladarlos a sus barracones temporales. Era una fresca mañana de diciembre y no había estrellas en el cielo, pero Siri sabía que el camino de vuelta era una línea recta. Con paso vacilante se adentró en la desierta avenida Lan Xang. Delante de él se extendía el Palacio Presidencial y un futuro que no le hacía mucha gracia.